José Ignacio González Faus

La pasión por Jesús de Nazaret y la Justicia

F. Javier Vitoria Cormenzana*

J. I. González Faus no necesita presentación en IGLESIA VIVA. Esta revista ha contado siempre con su amistosa colaboración, sus páginas se han enriquecido con la hondura y el compromiso de su pensamiento, y sus lectores han disfrutado de su teología "para aprovechar". Acaba de cumplir 69 años y, aunque ya vive en una jubilación académica anticipada, su inspiración sigue alentando personas y proyectos en la lucha por la justicia que brota de la fe en el Dios de Jesús.

* * *

Tú perteneces, José Ignacio, a la generación de teólogos que, tras el concilio Vaticano II, inició con seriedad la renovación de la teología española. Antes de convertirnos en profesores, vosotros mismos tuvisteis que atravesar personalmente un complejo itinerario de desconstrucción del viejo paradigma teológico que habíais recibido en los años de formación inicial y de construcción de uno nuevo. Quisiera hacerte algunas preguntas sobre ese proceso.

¿Qué señales te indicaron el carácter moribundo de la teología recibida?

**Profesor de Teología. Bilbao*

¿Cuáles fueron los estímulos teóricos que más influyeron en tu proceso de renovación teológica?

En esta misma revista tú escribiste que el primer interlocutor de todo teólogo es de alguna manera él mismo. ¿Qué intereses personales guiaron entonces tu búsqueda de una teología viva? ¿Pagaste algún "precio" por la mudanza?

Estas preguntas tocan un género, el autobiográfico, que no me gusta mucho. Voy a ver si consigo contestar de manera que las respuestas sean útiles para el lector.

Cuando tú le hablas a un cuerpo y no contesta, cuando le sacudes y no reacciona, acabas deduciendo que es un cadáver. Algo de eso es lo que nos ocurrió a muchos compañeros en aquellos años memorables de 1960 al 64. Yo había sufrido antes una seria crisis de fe, que consideraba ya resuelta. Pero necesitaba formularme esas soluciones. Y eso no lo encontraba en la teología que íbamos estudiando. Sí que íbamos encontrando respuesta en textos de Rahner, que corrían ciclostilados en traducciones piratas entre nosotros, y de Congar, que entonces iba publicándose en varias editoriales catalanas.

Por aquellos tiempos fundamos los estudiantes la revista *Selecciones de Teología*. Como todo lo humano tiene impureza en sus motivaciones, debo reconocer que la fundamos no sólo para ayudar a la gente sino, en buena parte, "contra los profesores": para hacerles ver que existía otra teología. El inesperado éxito inicial de la revista convenció al rector del teologado de que —con una expresión muy suya— "algo había" en nuestras inquietudes. Encontramos además un profesor bueno que aceptó ser director meramente nominal: pues la condición que se nos había puesto para fundar la revista fue que el director fuera un profesor. Así el verdadero director acabó siendo el "Secretario" de la revista que era uno de nosotros. Tuvimos problemas de censura con algunos artículos, pero salimos adelante. Y su aparición me valió a mí una primera "salida al extranjero" para aprender alemán, que sabíamos poco. Así estuve un verano, primero en Frankfurt donde conocí, vestido de sotana, al Padre Arzalluz, y más tarde en Munich.

Quiero añadirte que un indiscutible estímulo teórico, como tú dices, fue simplemente Jesús de Nazaret. Pertenezco a una orden que tiene muchos defectos que no voy a decir. Pero que intenta tener una espiritualidad profundamente cristocéntrica. Las mil frases ignacianas sobre "el Cristo pobre y humilde" a quien debemos "más seguir e imitar", o sobre la "pobreza con Cristo pobre", no podían ser un estímulo de vida individual si no estaban sustentadas por una teología universal.

En cuanto a los intereses que guiaron mi búsqueda personal, recordarás que mis años de teología fueron los años en que comenzó la lucha contra el franquismo. La mayoría de nuestros "profes" eran franquistas, la casi totalidad de los alumnos éramos antifranquistas. La lucha contra el franquismo estaba para nosotros muy unida a la lucha por la justicia social

(una reivindicación que, tras la democracia, se fue a pique porque cada cual se dedicó a sus demandas personales o grupales: unos pidieron *Estatuto de autonomía*; otros *divorcio*; otros fundar un diario... y cuando cada cual tuvo lo que quería, todos se olvidaron de los motivos de justicia social que nos habían unido en la lucha contra Franco). A nosotros el afán por la justicia social nos lo había inculcado un profesor de ética social, el famoso Pedro Vila Creus, que fue un auténtico pionero, y que las había pasado "canutas" en la Orden por sus ideas sociales. Todos sus alumnos estábamos marcados por él y buscábamos una teología armonizable con sus ideales sociales.

En resumen, aquellos años de estudio de la teología fueron una preciosa experiencia de comunión en la lucha de ésas que luego no perduran, cuando desaparece el "Franco" de turno.

¿Precios? Pagué algunos, pero muy pocos. Otros los han pagado mucho más caros. Hasta en esto he sido un privilegiado. Para empezar, un precio muy positivo fue la decisión de no hacer mi tesis doctoral en Roma, donde no me aceptarían un trabajo "global" como el que hice sobre la cristología de san Ireneo, sino que me obligarían a investigar y a ser especialista en un milímetro cuadrado de la teología: yo no quería hacer una tesis, sino aprender cristología y sabía que san Ireneo podía ser ahí un buen maestro.

En cuanto a precios negativos... ¡hombre!, siempre te ganas una fama de incendiario o de superficial ("periodista" nos decían, como también sentenciaba un profesor nuestro que Rahner no era más que un poeta oscuro). Ya sabes tú que los hombres tendemos a defendernos con adjetivos, más que con argumentos. Una vez por aquellos años recuerdo haber acuñado esta frase: *si dices que el obrero pasa hambre eres un periodista; si dices que el ser es, eres un intelectual muy profundo*. También una dura conversación con el bueno de nuestro rector, en la que me dijo varias veces: "hermano González, usted tiende a la exageración" etcétera. Pero pocas cosas más por entonces.

Si quieres poner un broche final a esta historia, dos años más tarde de haber terminado yo los estudios oficiales de teología, cuando estaba en Roma en el Instituto Bíblico, tuvo lugar la famosa manifestación de curas en Barcelona, que tanto revuelo armó, y a la que asistieron varios jesuitas de mi generación, entre ellos el ahora famoso Víctor Codina.

Muchas veces hemos hablado de la importancia que tiene el lugar social y eclesial desde donde el teólogo realiza su trabajo. El peligro de que la teología se elabore "desde la luna", por usar una expresión tuya de época de mocedad, siempre nos acecha a los teólogos. Todos los que te conocemos sabemos que vives en Sant Cugat del Vallés y trabajas frente a su magnífica biblioteca. Sin embargo tu obra teológica abraza misericordiosamente la realidad, justamente por donde más se duele, los pobres. Me gustaría que

nos recordaras las experiencias que en tu largo peregrinaje teológico desde Innsbruck, donde te doctoraste, hasta nuestros días han hecho posible semejante "encarnación" de tu pensamiento. ¿Qué lecciones has entresacado para el quehacer teológico? ¿Cómo valoras el momento actual de la teología en Europa y en España?

Mi vivir en Sant Cugat y no en alguna barriada ha sido mi perenne mala conciencia y Dios juzgará si la urgencia de la biblioteca tenía razón o si he sido un incoherente. Ya cuando estudiaba filosofía, y gracias al Vila Creus antes nombrado, que entonces era rector del filosofado, comenzamos a ir los domingos por la mañana de "catecismos" a diversas barriadas del entorno con gran oposición de nuestros profesores. Estuve yendo a un barrio mísero del entorno de Sabadell (Torre Romeu), lleno entonces de inmigrantes del sur amontonados. Algunas experiencias de la vida (y de la bondad) de algunas de aquellas gentes, me marcaron y, lo que es casi peor, me hicieron percibir que, desde la fe, no tenía nada que decirles como no fuera aquello de que en el cielo ellos estarían mejor. Al no hacer mi tesis doctoral en Roma como he dicho, tuve que buscarme un modo de vida en "las alemanias", y así es como acabé de capellán de inmigrantes españoles en Tübingen. Aunque casi no hacía más que de intérprete, entonces tenía yo más cosas que decir y creo que la relación fue mayoritariamente buena. En algún momento me asaltó la idea de si debía quedarme allí definitivamente y fue una emigrante española (Amparo, hoy ya fallecida) la que me sacó de la duda: "tú vuélvete a tus libros y, desde allí, defiéndenos".

A poco de empezar mi enseñanza en Sant Cugat, concebí el proyecto de irme a vivir a aquel Torre Romeu de mis años de filosofía y, desde allí, ir cada día a dar clases a Sant Cugat. Comencé yendo dos días por semana (el miércoles que había reunión de comunidad y los fines de semana) y el proyecto nunca llegó a más. Los días en que no disponía de coche (pues dependía de la disponibilidad de la flota de seiscientos que tenía entonces la comunidad de Sant Cugat), el viaje hasta mis aulas era agotador. Recuerdo algunos días saliendo de Torre Romeu en un amago de autobús destartado y chirriante que me llevaba hasta la estación de ferrocarriles de la Generalitat. Yo intuía que aquello no podría ser diario, que cada hora de transporte era una hora de preparación de clase, pero a la vez miraba a aquellos niños que iban al colegio y a los obreros que iban al trabajo y me decía: pues estos lo hacen a diario. En fin, al final se quedó en esa especie de término medio. Estuve hasta 1978 en aquella comunidad de base donde todos, hasta los curas, militaban en partidos políticos clandestinos y también debo mucho a lo enormemente provocador de aquella experiencia. Una herida no cerrada: muchos compañeros jesuitas de aquella parroquia acabaron dejando la Orden y el ministerio. Aunque a veces se diera como razón el

escándalo de una iglesia contraria a los pobres, intuí siempre que aquella vida tan dura no podía ser compatible con el celibato salvo para poquísimos. El ser humano tampoco puede exigirse demasiado a sí mismo.

Cuando lo de Torre Romeu acababa surgió la llamada de América Latina. Abreviando, estuve allí trece veces, en casi todos los países y las últimas casi como "fijo de plantilla" en la UCA de El Salvador, donde iba cada tres años y donde tú y yo coincidimos algún año. Puedes imaginar, porque esto es más conocido, lo que es un país en guerra y el contacto con hombres como Ignacio Ellacuría, Jon Sobrino y, para mí, "san Fernando Cardenal", ministro de educación de los sandinistas, expulsado de la Compañía contra la voluntad del General, por presión de la Curia romana, y más tarde reingresado otra vez en ella... No me alargó en esto que es más conocido.

Al final de mi vida, decidí jubilarme antes de lo obligatorio (a los 65 y no a los 70) para buscar algún trabajo de marginación. Al final cuajó un centro de transeúntes o gentes sin techo (*Arrels* nombre catalán que significa raíces), donde quise comenzar asistiendo no para enseñar nada o prestar ningún servicio, sino para intentar convivir y tratar con los usuarios del Centro. Seguía con esto hasta que los problemas de salud este año me impidieron ir muchas veces y lo aparqué de momento, hasta que acabe el que yo llamo "vía crucis de los médicos" y que, desde luego, tiene más de catorce estaciones. Ya veremos qué resulta, pero terminaré esta respuesta contando que, a pesar de que el intento de acercarme a ellos produjo pocas satisfacciones, la gran lección de esta experiencia la recibía muchos viernes cuando, saliendo de allí para ir a dormir a mi casa (mientras algunos de los usuarios del Centro salían para ir a dormir a la calle), al volver a circular por Las Ramblas me surgía una pregunta evidente: "pero tú, ¿de qué puedes quejarte?", que me ponía infinidad de piezas en su sitio.

Mi balance pues es éste, modestito: no sé si el intelectual puede estar en esa realidad que más duele (otros compañeros míos lo han conseguido mejor que yo), pero al menos debe tener contactos habituales con ella. Quienes acusan a los cristianos comprometidos en este sentido, de hacer un reduccionismo ético del cristianismo, es simplemente porque nunca han estado de veras allí: desde allí se percibe que la estancia allí es sobre todo una auténtica experiencia espiritual, aunque a veces tenga sus demandas "éticas" a las que uno (o, mejor, yo) no llega a responder.

El año 1975 celebrasteis la XXXII Congregación General de los jesuitas y aprobasteis el famoso Decreto Cuarto, titulado "Servicio de la fe y promoción de la justicia".

¿Cómo crees que ha influido en la vida de la Compañía de Jesús?

¿Qué recuerdos tienes del Padre Arrupe?

Desde hace veintinueve años dedicas gran parte de tus mejo-

res energías a Cristianisme i Justicia. ¿Cómo valoras la experiencia vivida? ¿Cómo contemplas su futuro?

Hay aquí tres cuestiones distintas.

1.- Sobre el decreto de la fe y la justicia, creo que lo hemos cumplido a medias y me parece, por cosas que le he oído, que Kolvenbach comparte esta opinión. Los jesuitas no somos tan obedientes como se dice... Pero sí ha servido para dar campo y posibilidades de acción a muchos que estaban ya en esa línea o a los que el decreto abrió los ojos.

2.- Arrupe es otra cuestión. Te diré para comenzar, y para no idealizar, que Arrupe era una mentalidad de los años 30, trasladada al Japón y sin posibilidades de evolucionar a la europea. Sus primeras palabras más bien nos decepcionaban. Pero era un hombre de "ojos abiertos". A ti te gusta citar la frase de Metz "una mística de ojos abiertos". Pues bien: si alguna vez quieres poner un ejemplo de esa mística, no lo dudes: Pedro Arrupe. Ese fue su valor inapreciable.

Fue en segundo lugar un ejemplo de aquello que dice el evangelio sobre la autoridad: las autoridades mundanas gobiernan de una determinada manera; "entre vosotros no sea así". Guardo algunas cartas suyas, en respuesta a otras mías a propósito de problemas de la época: en la Misión Obrera o por la expulsión de la Orden de Díez Alegría... Las mías no carecen de cierta arrogancia e hiperseguridad juvenil; él siempre me contestaba con bondad. Le oí también (por ejemplo en Puebla) defender con brío en público a gentes a las que yo sabía que había reñido seriamente en privado. Finalmente, dos provinciales de América Latina me contaron conversaciones con él en las que, después de haber expuesto su opinión, terminaba diciendo: "pero bueno, el Provincial es usted y está más cerca de los hechos. Usted vea, ya conoce mi opinión". El hecho es que, por ese modo de actuar, se ganaba la confianza de todos (menos de la Curia Romana). Por eso le acusaron de falta de autoridad: porque la ejercía de manera evangélica y no de manera mundana.

Finalmente están mis recuerdos de contactos con él durante nuestra XXXIII Congregación General. Él estaba ya depuesto, con medio cuerpo paralizado y sin poder hablar. Recuerdo, en el homenaje que se le tributó en la Asamblea tras la elección de Kolvenbach, cómo lloraba un negro, delegado del Congo (el P. Pasu-Pasu que ya murió y que era un tiarrón). Acostumbrado a ver los negros en las películas luchando contra los leones o cosas así, nunca me imaginé que un negro como aquél pudiera llorar de esa manera. Me llegó al alma verle. Luego, durante el capítulo, fui varias veces a verle a la enfermería de la Curia. Supongo que yo tenía cierta mala conciencia y me partía el alma estar allí con él que no podía hablar, y yo sin saber qué decir o no queriendo hablar mucho porque no quería soltarle rollos y aburrirle. Meses después de su muerte, el hermano que lo cuidó (el famoso Banderas) estaba

haciendo Ejercicios en Manresa y me llamó un día porque quería hablar. Cogí el coche un domingo, me fui a Manresa y puedo contar que, en la conversación, a Banderas se le resbalaba una lágrima y me decía: "he vivido con un santo y no he sabido santificarme". Era fácil decirle que lo que había vivido de dedicación, de entrega sacrificada a Arrupe a todas horas, era más importante que su santidad, si es que se distinguía de ésta.

Te voy a decir una cosa: no quisiera que canonizaran a Arrupe. Me gustaría ver canonizados a Juan XXIII y a monseñor Romero, porque eran jerarcas de la Iglesia y lavan la imagen de la jerarquía. Pero Arrupe es otra cosa: prefiero que quede en esa intimidad de los testigos y que su santidad no sea deformada por esas parafernalias de falsa grandeza de las que luego la institución eclesial trata de aprovecharse.

3.- Y el último punto de la pregunta es *Cristianisme i Justícia*. Nadie habla bien de lo propio y por otro lado tú eres miembro nuestro y nos conoces. Preferiría repetir lo que tú mismo escribiste en el Cuaderno número 100 de nuestra serie. Pero si acepté la entrevista, algo tendré que decir. Aunque suene a tópico me parece que ha sido un milagro. Es una institución llevada casi sólo con el tiempo libre de unos cuantos amigos, donde muchas cosas se hacen en plan de voluntariado. Cuando, después de la Congregación General que promulgó el decreto sobre la Fe y la Justicia, el Provincial de Cataluña nos encargó a García Nieto y a mí, que pensáramos en fundar un centro para la fe y la justicia, el primer propósito fue no caer en la tentación de montar una gran estructura bien amueblada a la que luego habría que ver qué contenidos se le dan, sino ir creciendo como la semilla. Empezamos sin más estructura que una habitación. Hoy quizás nos falta estructura, sobre todo económica. Pudimos arrancar porque una vez, dando yo una tanda de Ejercicios y sin haber dicho nada del propósito de fundar el Centro, viene una señora que conocía el proyecto y me dice: "tengo mi sueldo de catedrática y una herencia de mis padres, como cristiana veo muy claro que debo vivir con sólo el primero y que no necesito el segundo. Me pregunto si a vosotros os iría bien para arrancar el Centro ése". Me quedé impresionado y es bueno recordar esto porque si no uno se olvida de dar gracias a Dios por estos pequeños signos. Me gustó que, hace poco, tuvimos una reunión de equipo directivo, para pensar tras los primeros veinte años, qué había de hacerse en el futuro y uno de los más jóvenes dijo que a él le bastaba lo del chiste de aquél que va a Lourdes y acaba rezando: "virgencita mía, que me quede como estaba". Yo espero dejar de ser pronto responsable académico, tras haber presentado dos veces mi dimisión y haber fallado dolorosamente un intento de sucederme. Y me gustaría dejar este triple mensaje: 1º. Nosotros no somos un Centro más de esos "fe-cultura" que tiene por ahí la Compañía de Jesús: somos ante todo un Centro para la lucha por la justicia,

y la cultura entra ahí como *ancilla* (que dirían en la Edad Media). 2º. La justicia no es un imperativo ético derivado de la fe, sino el reverso de la fe: conocer a Dios es practicar la justicia (Jeremías 22,16). Deberíamos ser un Centro creador de esa mística hodierna de ojos abiertos. La lucha por la justicia se ha de hacer con pasión y con intensidad, pero sin tensión y sin estrés, porque eso sería como comenzar un maratón a 50 kms por hora. Según Jesús, la única manera de hallar esa paz es ser "manso y humilde de corazón" ¿no? Pues todo eso desborda ya la ética... Y 3º. No podemos ni debemos olvidar la economía. Con mis ganas de hacer chistes suelo decir que antes de irme me gustaría dejar bien asentada una AEI (asociación de economistas de izquierdas). Pero en fin, vamos un poco desbordados. Hemos tenido la suerte de responder a una demanda existente y a la que nadie daba respuesta. Y debemos contar con que todo lo histórico es caduco. Dios dirá.

Otra cosa que intentamos es ser como tu *Athletic*. Al no disponer de dinero, no hemos podido permitirnos traer grandes figurones que un día llenan una sala, pero luego se van y nos dejan igual. Hemos hecho los imposibles por ir "a la cantera": por decir lo que pensábamos y estudiábamos y sentíamos entre nosotros. De esto estamos contentos porque esto crea más equipo y contagia más mística y obliga a trabajar más que el convertir un Centro de éstos en una especie de Pasarela o desfile de modelos. Muchas veces recibimos textos de gente de fuera por si nos interesan como posibles *Cuadernos*. Y, por lo general (con alguna excepción) la respuesta es: preferimos publicar cosas que nazcan de nosotros o, al menos, hayan sido encargadas expresamente por nosotros, allí donde no nos sentíamos suficientemente capacitados para hablar nosotros.

Tengo la impresión de que, además del encuentro con Jesús de Nazaret ("única cosa importante que ha pasado en mi vida", has escrito en alguna ocasión), tu espiritualidad personal ha bebido con avidez de los pozos de Ignacio de Loyola, D. Bonhoeffer, Simone Weil y Óscar Romero. ¿Podrías señalarnos algunas de las líneas de fuerza de cada uno de ellos que más te hayan marcado?

Intentaré decir tres cosas de cada uno de los que citas.

BONHOEFFER. La intuición de la secularización en que hemos entrado. Se podrá discutir alguna fórmula (como la de "vivir como si Dios no existiera" o "ante Dios pero sin Dios"). Pero lo que Bonhoeffer intuye es que la Encarnación da al mundo una consistencia y una autonomía tales, que son perfectamente congruentes con la secularización que luego hemos ido experimentando sólo en el mundo de matriz cristiana.

En segundo lugar, lo que escribe sobre la tarea de la Iglesia, en la carta desde la cárcel para el bautizo de Dietrich Bet-

ghe, el hijo de su sobrina y de su amigo Eberhard que después sería su biógrafo: "nuestra iglesia ha vivido demasiado tiempo dedicada a sí misma y en el futuro deberá dedicarse sobre todo a estas dos cosas: la oración y la lucha por la justicia".

En tercer lugar, su martirio que es consecuencia de que intentó estar "allí" donde los hombres piadosos creen que ellos no deben estar: en la lucha, y en la conjura contra Hitler. Es uno de tantos místicos de nuestra época en los que la mística y el compromiso social han andado de la mano. Lo cual me parece un signo de los tiempos.

De IGNACIO DE LOYOLA quisiera haber aprendido sobre todo tres cosas: el aviso de que los hombres hemos de conocernos muy bien a nosotros mismos, porque nos engañamos infinidad de veces sobre nuestras verdaderas motivaciones (y cuanto más "santas" las creemos, más). La mística de identificación con "el Cristo pobre y humilde", el "más amarle e imitarle". Aquí están la primera semana de Ejercicios y las otras tres. Y finalmente, el esfuerzo de su vida posterior por hacer compatibles "dos cosas tan desiguales" (como diría santa Teresa): mística y laicidad. Es decir: la radicalidad evangélica y el esfuerzo paciente por hacer viable esa radicalidad en las estructuras de este mundo, no sólo autónomo, sino a veces contrario a ella. Es como si Ignacio hubiera aprendido en la experiencia de Francisco de Asís (que para mí es lo más asombroso que ha dado el cristianismo occidental) y se hubiera dicho que mejor era hacer también de "fray Elías", para evitar que venga luego un fray Elías distinto que te concrete las cosas desde fuera. Sobre esto publiqué, el año del centenario de la muerte de Ignacio, un artículo en *Revista de Occidente*, que se titulaba así: "Mística y laicidad", y que luego recogí en alguno de mis libros.

OSCAR ROMERO. Dejando cosas que he escrito otras veces, citaré ahora tres fidelidades. La fidelidad a Dios que llevó a la conversión a aquel hombre tan conservador y que había sido nombrado obispo precisamente por su derechismo. La fidelidad a su pueblo que se refleja en el esfuerzo de sus homilías: lo que entonces eran cosas que iban atisbándose y que los teólogos a lo mejor formulaban de manera difícil, él sabía explicarlo en sus homilías de manera sencilla, al alcance del pueblo. Y finalmente, la fidelidad a la Iglesia a través de su pueblo. Una noche paseando por la Piazza de san Pietro, el provincial jesuita de Centroamérica en la época de Romero, me contó que la última vez que había paseado por aquella plaza había sido precisamente con monseñor Romero y que éste le había contado que estaban amenazándole con ponerle un Administrador Apostólico que prácticamente gobernara en su lugar, si no transigía en algunos puntos que le pedía Roma. Y él comentó: "prefiero ser humillado como obispo que ser infiel a mi pueblo". Creo que es un ejemplo excelente de fidelidad... a la Iglesia!

Finalmente SIMONE WEIL. Ésta es más complicada. Te puede deslumbrar su inteligencia pero, a veces, te irrita su unilateralidad. Por otro lado, muchas de las cosas tuyas son apuntes que no iban a ser publicados, pero su muerte joven y su fama inmediata las lanzaron al público. Me edifica (en el sentido de la ascética antigua) su decisión de estar presente en el sufrimiento del mundo hasta extremos que para mí son sobrecogedores e imposibles (su año de trabajo en la Renault. ¡cielos!). Me alegra el que precisamente por eso ella, tan ajena a toda problemática religiosa, entrase en un proceso que acabó haciéndola encontrarse con Cristo y con el Dios de Jesús. Es otro de esos signos de los tiempos, que antes mencioné, en que la experiencia mística se da en el seno de un compromiso social radical. Finalmente, he comentado en algún sitio cuántas veces ella —tan sensible a la belleza— en lugar de belleza utiliza la palabra pureza (por ejemplo en Asís: "espectáculo de una pureza incomparable"). En estos tiempos de consumo de belleza, que implica una superficialidad y una falta de respeto a lo bello y que prostituye la belleza al comercializarla, es una lección que no deberíamos olvidar.

Y constatar que, a pesar de su grandeza, era de nuestra misma pasta. Me gusta lo que sobre ella escribió aquel campesino que la acogió en Marsella y le enseñó el Padrenuestro en griego (G. Thibon): que tenía un ego tan grande que, hasta cuando pretendía borrarlo o matarlo, dejaba un espacio en blanco para que se notara que aquél era el lugar que debería haber ocupado su ego. Doy por sentado que ésa es una de las cosas que los años le hubieran ido corrigiendo. Pero me gusta verla así, como nosotros.

En los últimos años has respondido varias veces a la siguiente pregunta: ¿qué queda de la teología de la liberación? Yo quisiera utilizar la fórmula para abordar otra cuestión. El pasado 11 de octubre celebramos el cuarenta aniversario del inicio del concilio Vaticano II. Muchos tenemos la impresión de que su luz y su impulso se están atenuando y controlando desde el interior mismo de la Iglesia. Te pregunto, ¿qué queda del concilio Vaticano II?

Efectivamente: creo que antes de celebrar un Vaticano III convendría entonar un solemne réquiem por el Vaticano II, al menos por lo que ese concilio quiso significar para la Iglesia "desde dentro". Hacia fuera hay cosas ya sin retorno y te puedes imaginar qué sería hoy de nosotros sin la declaración de la libertad religiosa, sin la puerta que abrió el decreto sobre las religiones, sin el texto sobre el antisemitismo, sin la Constitución "*Dei Verbum*" y todo el espacio que abrió a la investigación bíblica, ratificado después por un documento espléndido de la Comisión Bíblica. O puedes preguntarte si habría nacido la teología de la liberación sin la Constitución sobre la Iglesia en el mundo...

Pero todo eso afecta a lo que Pablo VI llamaba la Iglesia "ad extra". El tema de la Iglesia "ad intra" sigue inédito o negado tras aquel Concilio. Y naturalmente, la Iglesia no podrá volver más evangélicas sus conductas hacia fuera, si no convierte en más evangélicas sus estructuras hacia dentro. Hoy están siendo negadas enseñanzas como la de la jerarquía de verdades, la noción de Pueblo de Dios, la primacía de las iglesias locales, el carácter de la Iglesia como "comunidad" (la Iglesia es hoy tan autoritaria como antes del Concilio), la significatividad (o sacramentalidad) de la Iglesia (nuestra Iglesia no es "sacramento de salvación" sino sacramento del "ancien Régime") y por supuesto la colegialidad, enterrada discretamente en el nuevo Código de Derecho Canónico... Ya lo dijo aquel monseñor romano: "los obispos pasan, la Curia permanece". Y a mí esto me preocupa mucho porque una iglesia así no veo que pueda anunciar el evangelio de Jesús, sino sólo anunciarse a sí misma.

J.B. Metz ha escrito que la experiencia histórica que la sociedad tiene de la Iglesia es su principal problema histórico y no la cuestión de cómo haya de entenderse la sucesión del primado. Quisiera preguntarte por tu experiencia actual de la Iglesia y que al responder no desearas otra cosa que hacer algún servicio a la Iglesia, como cuando publicaste tu libro, Carne de Dios.

Dije en otro lugar que la institución eclesial era la cruz o el gran dolor de mi experiencia creyente. Sé que todas las instituciones humanas dan poco de sí y creo que no pido imposibles. Pero a una institución que apela al evangelio se le debe exigir más que a las otras. Voy a contarte una cosa que no sé si debo decir. Pero a mis años, creo que puede contarse.

Hace poco un compañero jesuita de Roma tuvo la idea de publicar un libro (*Jesuitas, tercer milenio*) que era una especie de encuesta a unos cincuenta jesuitas con un cuestionario largo pero muy bien hecho: cómo vives tu fe, tu relación con la política, con la mujer, con la cultura, con el entorno en que estás, con la Iglesia, tus gustos y aficiones... Me pasó el cuestionario y lo contesté con toda el alma: como una confesión de fe. Pues bien, cuando ya tiene todas las respuestas y pasa el libro a la censura de la Orden, le dicen que mi respuesta a las dos preguntas sobre la Iglesia no puede publicarse porque "nuestras relaciones actuales con la Curia romana son muy difíciles y esto las complicará aún más". Mi respuesta sin duda era fuerte, pero le dije que estaba dispuesto a negociar. Primero me señalaron como impublicables dos párrafos que volví a redactar de manera más suave y que fue aceptada. Después resultó que era la totalidad de aquellas dos preguntas, y no una u otra frase, lo que no podía pasar, y me proponían simplemente que no las contestara. Esto no me pareció justo y le dije al autor que si no podía confesar sinceramente lo que vivo, y

además había de hacer daño a mi Orden, prefería retirar todo mi texto y no figurar en la encuesta. Así creo que ha sido

A lo mejor es que el jesuita que rechazó esos textos era demasiado cobarde y se pasó de prudente, y la Curia no hubiera hecho mayor problema. Pero lo dudo. Y me parece que ese tipo de relaciones que imponen el miedo y la autocensura, no debería darse en la Iglesia: si yo decía algún disparate, podían castigarme a mí, pero no hacérselo pagar a mi congregación. Y la Curia siempre actúa así.

En este sentido no comparto del todo la afirmación de Metz que citas en tu pregunta: yo creo que *uno de los factores que más contribuyen a esa mala experiencia que la sociedad tiene de la Iglesia, es la Curia romana* (que además es la que más se hace notar). Y en mis sueños de otra iglesia más evangélica, siempre las dos primeras reformas son:

A) que la curia devuelva a las iglesias locales su parte en la designación de los obispos. El sistema actual de nombramiento pudo valer en un estado de excepción, pero como sistema habitual es sencillamente un pecado mortal en la estructura eclesial, contrario a la voluntad de Dios, al evangelio y a la enseñanza de muchos papas, ya desde los siglos IV y V. Por otro lado contribuye a lo que tantas veces hemos visto en España últimamente: se elige a un señor, no porque sea el que necesita aquella iglesia concreta y el que puede conducirla, sino simplemente porque es un voto más en la Conferencia episcopal, en favor de una línea conservadora. Esto clama al cielo.

Y B) me parece evidente que los miembros de la curia y las congregaciones romanas no deberían ser obispos. Es contrario a la teología del episcopado que exista un pastor sin diócesis, sin iglesia propia. El recurso de nombrarlos obispos de una iglesia inexistente (llámese Partenia o Sagaste o como sea) es sencillamente hipócrita. Qué diríamos si un papa progresa, queriendo reformar la Curia y no pudiendo por la resistencia que encuentra, va y nombra a un amigo suyo "prefecto de la congregación de la fe" de la Curia parteniana, o prefecto de la congregación de liturgia de la curia chetchena, etcétera. La intención sería buena pero el procedimiento absurdo. Y eso es lo que está ocurriendo en nuestra Iglesia, simplemente para conseguir que los miembros de la Curia puedan tratar a los obispos de tú a tú. Si fueran lo que deberían ser: unos dignísimos y santísimos oficinistas que sirven a la Iglesia con desinterés, no podrían tratar a los obispos como peones porque éstos podrían decirles: "perdone, monseñor, pero la mitra la llevo yo"... Ahora el hecho es que los obispos, además de que sean conservadores, tienen muy poca libertad de movimientos, no ante el papa, sino ante la Curia que se ampara en él. He repetido infinidad de veces la frase que le escribía san Bernardo al papa Eugenio III: si conviertes a la Iglesia en "una cabeza con dedos", no haces un cuerpo sino un monstruo. Y eso parece nuestra iglesia hoy. Yo pienso que de estas dos

reformas (que todavía son reformas "desde arriba") se seguirían otras muchas y muy necesarias.

Comprendo que esto pueda irritar a muchos. Les pediría sólo que prescindan de mí y de lo que yo digo. Y que recuerden tres cosas:

K. Rahner confesó antes de morir que se arrepentía de no haber sido más valiente en sus críticas a la Iglesia.

Lean todas las cosas que, durante el Vaticano II, dijeron muchos obispos en el aula conciliar contra la Curia romana.

Y lean el *Diario de un teólogo* de Y. Congar, en la época de su persecución por Roma. Y si les parecen muy duras algunas de las cosas que allí dice Congar, recuerden que Juan Pablo II lo calificó como "un regalo de Dios a su Iglesia". Mal debe andar una Iglesia que trata así a los regalos que Dios le hace....

Y aún más fácil: vamos a tratar de popularizar entre todos la frase que hace muy pocos días decía el Cardenal Poupard en la prensa de Barcelona: *la Iglesia es como una vieja dama, llena de enaguas y de trapos inútiles. Hay que quitarle todos esos trapos: hay que desnudarla del todo porque debajo está el evangelio*. Palabra de Cardenal.

Pero, tras reconocer todo esto, tampoco me recato en proclamar que demasiadas veces, la izquierda, cuando no sabe o no quiere, o no puede hacer política de izquierdas, recurre al consuelo fácil del anticlericalismo para tranquilizar su conciencia izquierdosa. Un amigo militante del PSOE me contó que en él quedan aún algunas viejas guardias que disfrutarían más matando un cura que arreglando al mundo... Bien: concedo que en parte nos lo habremos ganado, pero también es así la condición humana.

A menudo tu crítica a la Iglesia (o más bien a la Curia) te ha puesto bajo la sospecha de falta de eclesialidad. ¿Cómo la soportas?

Yo creo que lo que acabo de decirte no tiene por qué significar falta de eclesialidad. Considero que la fe es profundamente eclesial, es decir comunitaria. Y si doy mucha razón al protestantismo en temas como la libertad del cristiano, la protesta profética y la justificación por la fe, soy muy poco protestante en asuntos como el del libre examen que —sobre todo hoy— puede acabar en que cada uno se haga un cristianismo a su gusto. La fe es intrínsecamente comunitaria. Pero esto no significa que el creyente deba ser eso que un viejo libro llamó *hombre sistémico* (Organisation's man): un tipo en cuya pista me puso A. Camus, y que es de aquellos con los que menos simpatizo: esas gentes absolutamente incapaces para toda razón crítica frente a la institución en la que están. Algo de lo que hoy se llama fundamentalistas. La fe es pues intrínsecamente eclesial. Pero la Iglesia no es Dios ni puede ser idolatrada. Y yo sólo quisiera hacer ver a las gentes que,

cuando mi Iglesia me gusta tan poco, el Evangelio es tan seductor que da fuerzas hasta para aceptar una Iglesia así. Podría recordarte también lo que nos decía en Tübingen, allá por los años 68, el hoy cardenal Ratzinger ("quantum mutatus ab illo", que diría el poeta latino): ¿quién ama más a la Iglesia? ¿El que se arriesga a criticarla o el que vive a costa de ella adulándola? Y lo decía citando textos de la tradición cristiana. Sabes además que yo, como jesuita, tengo un voto especial de defensa del papa. Pues bien, estoy convencido de que hoy ese voto no pasa tanto por "defender al papa ante los protestantes", cuanto por defender a Pedro ante la Curia romana que lo opaca y le impide la relación colegial con los demás apóstoles. Igual que, en su tiempo, Pablo tuvo que defender a Pedro de los judaizantes, cuando el incidente de Antioquía. Si Pedro volviera a ser Pedro, el ecumenismo sería mucho más fácil. Y, como he dicho otras veces, sólo un cristianismo unido podrá afrontar capacitadamente los desafíos del tercer milenio.

¿Pueden entenderse como una propuesta de reforma eclesial tus dos respuestas anteriores?

No, no digo que mis propuestas anteriores serían la reforma de la Iglesia. Con un clásico término filosófico diría que son las "condiciones de posibilidad" para una reforma evangélica de la Iglesia. Pasa exactamente lo mismo con el mundo. Nadie negará (creo yo) que este mundo injusto, loco y cruel, este mundo donde por otro lado hay tanta bondad escondida y que nunca claudica, necesita una reforma muy profunda, aún mayor que la de la Iglesia. Pues bien: yo no veo que ese cambio del mundo vaya a ser posible sin un cambio radical de la ONU. La reforma de la ONU no cambiaría sin más al mundo, pero sería la necesaria "condición de posibilidad" para cambiarlo. Si eso no se produce el mundo irá siendo cada vez más ingobernable y más parecido a una selva, aunque nos engañemos diciendo que es una selva "democrática". A mí hoy me estremece pensar qué poco hemos aprendido del siglo XX y cuán trágico sería que tenga que ocurrir otra calamidad mundial como las que asolaron al siglo XX (primera y segunda guerra, etcétera) para que, entonces y tarde, nos decidiéramos a poner las condiciones de gobernabilidad del mundo, como se hizo al acabar la segunda guerra mundial con la creación de la ONU. Pero no sé si esta vez llegaríamos a tiempo porque la nueva calamidad (guerra, terrorismo, percance nuclear, desastre ecológico o lo que sea) podría ser de tal magnitud que ya llegaríamos tarde para los arreglos. Y sin embargo no me negarás que seguimos tan tranquilos ("bailando en la cubierta del Titanic", como decía tu paisano I. Zuberó), y que en realidad existe una verdadera y tácita OMU (Organización de Multinacionales Unidas), pero no existe ni de lejos una auténtica ONU.

Cuáles serían esas reformas de la ONU no hace falta desarrollarlo aquí. Supresión del derecho de veto; que su Secretario fuera Secretario de "Naciones Unidas" y no Secretario de Estados Unidos... Con motivo del 50 aniversario de la ONU, Vicenç Fisas y otros concretaron muy bien cuáles son esas reformas mínimas y urgentes que la ONU necesita, pero se les oyó como quien oye llover... Y sin embargo, al acabar la segunda guerra mundial, horrorizados ante todas las atrocidades que habíamos vivido, la humanidad tuvo un momento de excelente buena voluntad y se propuso que cosas así no volvieran a repetirse nunca más. Entonces se intentó estructurar mejor el mundo incluso económicamente (a pesar de que EEUU resistió a casi todas las propuestas de Keynes), se crearon Naciones Unidas y otros organismos. ¡Pero aquella buena voluntad duró exactamente unos quince años sólo! Me pregunto cómo los humanos somos tan incapaces de escarmentar. Y me digo que, a lo mejor, me estoy equivocando: que quizá todo cuanto acabo de exponerte sólo significa que ya soy viejo y que en el 2003 voy a hacer ¡70 años!... Pero siempre me llamó la atención que tanto el Corán como la Biblia repiten con frecuencia una frase a los seres humanos: "¿no vais a aprender?".

Hace todavía unos meses tú escribiste en defensa de la última pastoral de los obispos vascos, aunque no te identificaras totalmente con ella. ¿Cómo has visto ahora el documento de la conferencia episcopal sobre el terrorismo?

No son problema mío los nacionalismos de ningún tipo. Pero en estos momentos es inevitable pronunciarse un poco, dado lo que hemos vivido últimamente. Digamos que ambos documentos tiene sus valores y sus límites. Y nada más.

El documento de la conferencia episcopal, tampoco está demasiado mal, dentro de ese estilo gris típico de tanto papel eclesiástico. Pero, en mi opinión particular, hay cosas inadmisibles de método y de contenido.

1. *De método.* No puede ser que un documento que sale como "pastoral" lo haya redactado la comisión teológica del episcopado y la comisión de pastoral no sepa nada, cuando en ella hay uno o dos obispos catalanes a los que no les habría gustado el *Documento*. Eso no debe hacerse. También consta que Roma no lo hubiera aprobado precisamente si hubiese tenido unanimidad: porque entonces se convertía en documento obligatorio, y Roma no quiere que esa doctrina sea obligatoria. Al no tener unanimidad, cabe la reacción del obispo de Girona recomendando a sus feligreses que, con absoluta tranquilidad de conciencia, pueden no preocuparse del *Documento*, Pero eso tampoco es el ideal para un documento episcopal.

2. *De contenido.* Yo comparto infinidad de cosas, por supuesto la dura condena de ETA que también hicieron los obispos vascos. Incluso, mi sensibilidad personal, puede ser más hispanista que soberanista, si quieres. Pero estos no son

casos para resolver a partir de la propia sensibilidad, sino tratando de entrar en la sensibilidad del otro. Y desde ahí, el documento no podría decir ni debería haber dicho que la Constitución es el único camino de solución del problema terrorista. Eso es una verdad política, no moral ni teológica, que no pertenece a la revelación, ni al depósito de la fe. Tampoco se puede insinuar (aun sin decirlo del todo) que el único nacionalismo idólatra es el nacionalismo periférico. Un documento de la Iglesia debería haber dicho también que el patriotismo hispánico que hoy se nos está queriendo inyectar a todos es tan idolátrico como algunos nacionalismos periféricos. Y la prueba de ello la tienes en las palabras de aquel ministro del gobierno (cuyo nombre no citaré) de que "la pastoral de los obispos vascos le había hecho perder la fe". Suena a aquello del señor García Valdecasas en las cortes franquistas por los años sesenta: "si hay alguna contradicción entre el evangelio y los principios del Movimiento, yo me quedaré con éstos". Vale, tío. Pero España no es ningún dios, sino una simple contingencia histórica. Espero que ese ministro no haya recobrado la fe tras el texto de la conferencia episcopal, porque eso no sería fe sino superstición pura y dura. Y esto explica porqué, de dos documentos que condenan tajantemente el terrorismo, uno es calificado por el presidente del gobierno de "moralmente perverso" y al otro se le encuentra perfecto. Muy sospechoso. Estas son mis objeciones. Queda el consuelo de que si en la infausta pastoral de 1937 sólo dos obispos estuvieron en contra, ahora han sido 13 (y con los dos "ausentes" 15): como ves, la Iglesia progresa aunque ¡a qué pasitos!

Por otro lado, el documento se vuelve más sospechoso cuando se conoce la estrecha relación entre el cardenal de Madrid y el presidente del gobierno, y las promesas de éste, para que los obispos dijeran lo que han dicho. Por eso, yo sueño con una Iglesia en la cual, si el cardenal de Madrid tiene que hacer alguna boda, no sea la boda fastuosa y faraónica de la hija del presidente del gobierno, sino una boda en Moratalaz entre dos emigrantes sin papeles, o una boda en la cárcel o entre dos sidosos terminales que están en un piso de esos regentados por religiosas admirables.... Y si el presidente del gobierno (quienquiera que sea) quiere casar a su hija, que acuda a la parroquia de turno o que se le envíe un cura más sin particular escalafón eclesiástico.

Yo no puedo dejar de soñar en una Iglesia así, porque para ello tendría que dejar de creer en el evangelio. Y, por supuesto, lo que acabo de decir vale tanto de las relaciones entre el cardenal de Madrid y el presidente del gobierno, como de las relaciones entre Setién e Ibarretxe. Personalmente me atrevo a pensar que la historia juzgará muy duramente a la dirección actual del PNV: pues llegó un momento, cuando ETA ya había perdido toda humanidad y todo sentido moral, en que la misión histórica del PNV hubiera sido decir: "ya se conocen bien nuestras aspiraciones. Y son absolutamente legítimas

Pero mientras ETA siga matando, las aparcamos todas". Creo que eso es lo que pedía la hora histórica, y que no estuvieron a esa altura. Y sé que hay otros peneuvistas que piensan así.

Acabas de publicar juntamente con Ignacio Sotelo un libro, titulado ¿Sin Dios o con Dios?, que recoge vuestros diálogos acerca de las razones para el agnosticismo y la fe en Dios. Su lectura me ha suscitado una pregunta que quiero hacerte para terminar: ¿te parece posible fundamentar un compromiso por la justicia, como el que nuestro mundo necesita, sin fe en Dios?

Hay una cosa que ahora me preocupa y es que, sin la fe en Dios, cada vez veo más difícil fundamentar un compromiso radical con los vencidos de la historia como el que nuestro mundo necesitaría hoy. Aquellos marxistas de antaño, que tanto nos interpelaron, tampoco han tenido sucesión y, los que quedan hoy, pasan casi todos de los 70. Y yo creo que eso se debe a que aquellos marxismos habían nacido en un mundo teóricamente creyente e incorporaban a su cosmovisión muchos valores cristianos que, por ser entonces admitidos por todos, no necesitaban más fundamentación (aunque los cristianos no los cumpliéramos). Ellos dirían que "las cosas del cielo son las cosas de la tierra" pero, al menos, sabían cuáles eran esas cosas del cielo. Desaparecida la fe en el Dios de Jesús, la gente no tiene ya razones "lógicas" para fundar un compromiso de ese tipo, porque ya no sabe cuáles son "las cosas del cielo". "La religión es el corazón de un mundo sin corazón", decía Marx en plan de crítica. Pero hoy resulta que, al negar a Dios, nos hemos quedado sin más con un mundo sin corazón. Me temo por eso que vayamos caminando a un mundo en el que la desaparición del cristianismo será también la desaparición de los ideales de la Modernidad (que en el fondo eran de fundamento cristiano) y de los valores de la izquierda. Todo lo que puede quedar es una solidaridad "light" como esa de comprar un juguete por tres euros para que pueda jugar un niño del Tercer Mundo, sin plantearse que antes que "crecer jugando", aquellos niños necesitan sobre todo crecer comiendo y crecer con escuela...

No pensaba yo así de joven: siempre dije que la muerte de Dios no tenía por qué implicar la muerte de la radicalidad humana. Hoy también diría eso, pero debo añadir que *muy probablemente* acabará implicándola. A los hombres de mi generación (y esto yo lo aceptaba) les parecía evidente poder prescindir de Dios y mantener una serie de valores humanos. Mientras que hoy, cortado el cordón umbilical con Dios, aquello ya no es evidente más que para esas viejas guardias admirables que son como "los últimos mohicanos" de la Modernidad: esas viejas guardias que encarna Federico Luppi en la exitosa película argentina *Lugares comunes*. Creo que esto Nietzsche lo había visto muy bien; Nietzsche que curiosamente en mi juventud gustaba tanto a los no creyentes (supongo

que porque se cargaba a Dios) y hoy les molesta tanto (supongo que porque se atreve a sacar de ahí una consecuencia molesta: "los valores supremos han perdido su crédito")...

Pero, ¿no es esto lo que nos está pasando? Primero se abolió la igualdad; ahora se ha abolido ya la fraternidad (racismo y xenofobia son los peligros del siglo XXI) y con ello nos damos cuenta de que está siendo abolida implícitamente la *Declaración de los derechos del hombre* y tergiversada la misma libertad, reducida ahora a la libertad para explotar económicamente (y sexualmente, cuando las explotadas son niñas del Tercer Mundo). La llamada "democracia" está evolucionando hacia ese modelo norteamericano que consiste en la posibilidad de elegir entre la derecha y la extrema derecha. Nada más. Y a lo mejor, hacia el año 2048 se abole la *Declaración de los derechos humanos*, (quizá tras una rebelión mundial de víctimas aplastada con misiles) y se la sustituye por una *Declaración Mundial de los intereses humanos* (que serán los de unos pocos privilegiados).

Temo que sin la apelación creyente a Dios, nos vayamos encaminando hacia ahí. Deseo con toda mi alma que no sea así y que mi modo de ver hoy obedezca sólo a mi edad. Pero si no dijera esto no miraría con ojos abiertos al mundo que me envuelve. Sólo me queda añadir: "ojalá me equivoque".

¿Quieres añadir algo más para concluir?

Nuestro mundo (o mejor el Primer Mundo que se permite considerarse el único) se ha propuesto construir una civilización del lujo. Y aquellos que desean ser considerados de izquierdas hablan de una civilización del lujo para todos, por supuesto. Ahora bien: una civilización del lujo para todos es imposible porque la tierra no da más de sí. Y una civilización del lujo para unos pocos, como la que tenemos, es siempre una civilización de miseria para muchos. La única salida obvia es construir una civilización de la sobriedad y la frugalidad, donde la felicidad no venga del lujo en lo material sino de las relaciones humanas. Ése es nuestro dilema histórico. Es preciso acabar con aquel eslogan de "el cielo en la tierra" que es lo peor que hemos heredado tanto de la Modernidad como del marxismo (al que por otro lado seguimos debiendo mucho). Nuestra tarea más sencilla es salvaguardar la tierra, humanizarla y evitar que se vaya a pique. Sabiendo que los procesos históricos son de una lentitud desesperante, y que no son las cosechas inmediatas sino el encuentro con Dios en ellos lo que mejor nos mantendrá en la lucha.

A pesar de todo, yo espero, fiándome de Jesús, que cuando salga de esta cárcel del tiempo me encontraré viviendo en la Plenitud del Misterio del Amor (que es eso que los cristianos llamamos "Santísima Trinidad" sin entender muy bien lo que decimos).

(Diciembre 2002)